

## **Los muros que hablan**

### **La niña y el hospital que respira**

Desde pequeña aprendí que los pasos también pueden contar historias. Mi padre y yo caminábamos juntos cada sábado, tomados de la mano, por una ciudad que aún no entendía del todo. Él trabajaba en una ferretería en Artesanos con Recoleta, y cuando yo tenía doce años, solía ir a buscarlo. No había GPS ni celulares. Solo intuición, y un deseo inmenso de volver con él.

Esos paseos no eran solo una forma de volver a casa. Eran rituales. Caminábamos por avenida La Paz, entre casas antiguas de colores vivos y portones que crujían como si quisieran hablarnos. Papá me mostraba la ciudad con la naturalidad de quien conoce todos sus secretos, y a veces se detenía a ayudar a una anciana, a reparar una estufa o cambiar una ampollita. Yo lo miraba como se mira a un héroe cotidiano. Y quizás lo era. Pero lo que más me marcaba, lo que no podía apartar de mis ojos, era el hospital. El Horwitz. Una estructura inmensa, enrejada, viva. Y no viva como un edificio, sino como algo que respiraba. Que observaba. Del otro lado de sus rejas, había mujeres que arrullaban muñecos creyendo que eran sus hijos. Hombres que pedían cigarrillos entre gritos o canciones sin melodía. Miradas perdidas. Palabras sin sentido. Lágrimas que hablaban de ausencias. Todo eso me impactaba... y, sin embargo, no podía dejar de mirar. A veces sentía miedo. Pero papá apretaba un poco más mi mano y el mundo volvía a estar bien. A veces, mientras avanzábamos por Avenida La Paz, le hablaba a mi padre de lo que pensaba. Mis pensamientos eran extraños para una niña, lo sé ahora. Pero entonces me parecían lógicos. Le decía que quería estar loca. Que debía ser más fácil vivir así. Que, si uno no sabía lo que pasaba, no podía sufrir. Él se detenía, me miraba con esa ternura grave que solo los padres tienen, y me corregía con una calma firme:

–No, hija... estás equivocada. Ellos sufren. Sufren muchísimo. Es precisamente por eso que están ahí.

Yo no entendía. No del todo. ¿Cómo podían sufrir tanto si no sabían lo que hacían? ¿Cómo podía doler tanto algo que no se comprendía?

Papá me hablaba del alma como si fuera un lugar real. Me decía que había dolores que el cuerpo no mostraba, pero que se llevaban dentro, como cuchillos que nunca dejaban de girar.

Desde entonces, algo cambió. Ya no miraba al hospital como un circo humano, como una escena impactante.

Lo miraba como un templo herido. Un sitio donde vivían los dolores más hondos, los que nadie sabía nombrar.

Y, aun así, no lo temía. Algo en mí seguía sintiendo una atracción extraña. No era morbo. Era algo más profundo. Una especie de llamado.

Como si, en el fondo, ya supiera que un día... iba a cruzar esas rejas.

Pero no como niña. Ni como hija. Sino como mujer. Como testigo. Como protagonista.

### **Cruzar las rejas**

No todas las niñas cruzan las rejas de un hospital psiquiátrico antes de cumplir los trece. Pero yo sí. Y no iba sola. Aquel día, mi padre me tomó de la mano y entramos por el acceso lateral, como quien saluda a una casa vieja que ya conoce de memoria.

Él tenía amigos allí. Médicos, neurólogos, psiquiatras. Personas que, para mí, parecían inalcanzables, con batas blancas y rostros graves.

Pero papá los trataba con una confianza que me descolocaba. Se reían. Lo abrazaban. A veces me ofrecían un dulce o me despeinaban el cabello.

Yo los miraba como si fueran parte de otro mundo. Uno que dolía. Uno que hablaba en un idioma que aún no comprendía.

Me contaba que la ferretería donde trabajaba también les vendía pinturas. Que conocía a las personas del barrio, que muchas veces los ayudaba sin esperar nada a cambio.

Y yo lo escuchaba, sorprendida. No entendía cómo mi padre, aquel hombre sencillo, de manos ásperas y corazón gigante podía ser tan cercano a personas que para mí eran figuras lejanas, importantes, de bata blanca.

Con los años comprendí que no era raro. Papá era ese tipo de persona que puede hablarle con el mismo respeto a un médico, a un paciente, o a un barrendero. Y todos le respondían con cariño. Esa tarde recorrimos parte del hospital.

Lo que más recuerdo no son los pasillos, ni los gritos, ni siquiera los rostros. Recuerdo los murales. Pinturas hechas por los mismos internos, decían. Colores fuertes. Caras distorsionadas. Cielos con ojos. Pájaros que no volaban. Había una belleza extraña en todo eso. Una belleza que dolía. Y tal vez por eso, aún hoy, cada vez que pienso en el Hospital Horwitz, no pienso en un lugar para locos. Pienso en un museo del alma. Un

lugar donde el dolor se convierte en trazo, donde la soledad grita en colores. Un lugar que me marcó antes de saberlo.

## **El regreso como paciente**

Los años pasaron. Crecí. Me casé. Tuve una vida que ya no giraba en torno a caminatas por avenida La Paz, ni a tardes de ferretería ni a murales pintados por manos temblorosas. Tenía otros gustos. Otras calles. Me olvidé del hospital. De sus rejas. De sus gritos. De su presencia. Pero el tiempo tiene memoria. Y a veces nos lleva de vuelta al lugar exacto donde comenzó todo. Mi matrimonio fue un mapa de contrastes. Hubo amor, sí. También hubo dolor. Cariño, risas, silencios. Y maltrato. El tipo de dolor que no deja moretones, pero se cuele en cada bocado. En cada noche sin sueño. Hasta que llegó un punto en que ya no comía. Tragar era una tortura. No quería hablar. Ni moverme. Solo quería dormir. Apagarme. Fue mi hermana la que lo notó. Les habló a mis padres. Y fue mi padre quien dijo con convicción: “Llévala al psiquiátrico. Al Horwitz, Ahí la van a sanar”. Tenía 24 años cuando volví a cruzar las rejas del hospital. Ya no era la niña de la mano de su héroe. Ahora era la paciente. Recuerdo la sala de urgencias. Recuerdo a un médico con voz firme pero tranquila, haciéndome preguntas que no quería responder, y a mi hermana, respondiendo otras por mí. Yo solo quería cerrar los ojos. Desaparecer. Me enviaron a una habitación de procedimientos. Y fue ahí cuando el miedo se instaló. No por los gritos. No por los pasillos. Por lo que ya no reconocía en mí. Un hombre enorme apareció para sujetarme. Yo, que no pesaba nada. Yo, que no ofrecía resistencia. Era irónico, casi gracioso: ¿por qué contener a alguien que solo quería dormirse?

Luego vino la inyección. Oscura. Silenciosa. Y tres días se deshicieron en mis venas. Dicen que desperté. Que hablé. Que dije verdades que dolían. No lo recuerdo.

Solo recuerdo a mi hermano, su voz suave diciéndome que hasta dormida decía lo que guardaba desde siempre.

El médico, antes de dejarme ir, le dio una receta a mi hermana: “Dale batidos. Leche, plátano y huevo. Tres veces al día. Y amor, mucho amor”.

## **Nacer otra vez**

Mi salida de aquel episodio fue lenta. Muy lenta. No hubo un despertar milagroso, ni una luz al final del pasillo. Hubo insomnio. Silencios. Lágrimas a escondidas. Y una sensación persistente de que algo en mí se había roto para siempre. No sé en qué momento comencé a cambiar. Tal vez fue al mirarme al espejo y no reconocer mi rostro. O al escuchar mi propia voz temblar en una sesión de terapia. Pero algo se quebró. Y en ese quiebre nació una nueva forma de mirar. Los colores ya no eran los mismos. Ni los sabores. Ni el amor. Empecé a ir al COSAM. A escuchar. A hablar. A llorar. Conocí personas maravillosas. Algunas, quebradas como yo. Otras, fuertes como faros. Todas necesarias. Fue en ese espacio seguro donde comencé a ver a mi esposo con otros ojos. No con rabia. Ni con odio. Con distancia. Con claridad. Comprendí que ya no lo amaba. Que tal vez yo lo amé de verdad. Pero lo suyo no era amor, era obsesión. Eran celos, alcohol, inseguridad. Era control disfrazado de cariño, miedo disfrazado de cuidado. Y en ese entorno, yo solo sobrevivía. Y solté. Con temblores. Con culpa. Con libertad. Desde entonces, los medicamentos se hicieron parte de mi rutina. Como el desayuno. Como los recuerdos. Y también la seguridad tras las puertas del Hospital Doctor José Horwitz. Porque sí, a veces, la locura no es estar del otro lado de la reja. Es vivir fingiendo que todo está bien. Yo encontré paz dentro de esos muros. No siempre. No del todo. Pero fue ahí donde volví a nacer. Despacio. Entre cicatrices.

## **Epílogo: la mujer que volvió a sonreír**

Hoy vuelvo a pasar frente al Hospital Horwitz. Ya no camino de la mano de mi padre, ni con la mirada asombrada de la niña que fui. Hoy camino sola. Pero no vacía. Porque hoy, y esto quiero decirlo con firmeza, sigo siendo paciente de ese hospital. No como antes, no desde el dolor crudo. Hoy lo habito desde la calma. Desde la gratitud. El Horwitz ya no me asusta. Hoy le sonrío cada vez que entro. Me gustan sus jardines, su cafetería, sus libros repartidos bajo el sol. Hay paz en sus rincones. Hay vida donde antes sentí apagarse la mía. Sigo medicada, sí. Sigo en proceso. Volví por una nueva prueba en mi vida, que tal vez algún día escribiré, pero no tengo vergüenza, porque también sigo viva. Y ahora, más que nunca, me siento acompañada. Hoy tengo al mejor doctor que podría haber imaginado. Alguien que me mira sin juzgar, que me trata con humanidad. Y eso... eso

hace toda la diferencia. He aprendido que sanar no es olvidar. Es recordar sin quebrarse. Es mirar de frente a la herida y saber que ya no sangra como antes. No soy la misma. Y eso está bien. Porque esta nueva que soy... se eligió a sí misma. Y eso, en mi historia, es el mayor acto de amor.

Los hospitales no solo salvan cuerpos. También recogen pedazos de almas.

Eda Lorena Espinoza Pérez

Tercer lugar

Concurso Literario Letras Vivas, 2025